

C E S P A

Centro de Estudios de la Situación
y Perspectivas de la Argentina

La producción y la capacidad instalada en la industria de la celulosa y papel: Un balance de los cambios empresarios, productivos y de mercado durante las últimas décadas

*Jorge Schvarzer
Pablo Orazi
Setiembre de 2006*

Documento de Trabajo N° 9



**Universidad de Buenos Aires
Facultad de Ciencias Económicas**



Av. Córdoba 2122 (C 1120 AAQ)
Ciudad de Buenos Aires
E-mail: cespa@econ.uba.ar
<http://www.econ.uba.ar/cespa.htm>

La producción y la capacidad instalada en la industria de la celulosa y papel: Un balance de los cambios empresarios, productivos y de mercado durante las últimas décadas

*Jorge Schvarzer
Pablo Orazi
Setiembre de 2006*

La producción de celulosa y papel, tiene como eslabón fundamental a la primera, que se clasifica como parte de las industrias “básicas”, porque de su oferta depende una variada gama de actividades productivas que elaboran bienes finales. La producción de pasta celulósica, además, se clasifica como industria “pesada” porque ella exige gran inversión de capital por unidad de producto cuya magnitud resulta muy superior a la que se observa en las llamadas industrias “livianas”; esta actividad forma parte de un modelo tecnológico que requiere escalas mínimas de producción elevadas (al menos, respecto a las dimensiones del mercado local) para operar de manera eficiente. Esa doble exigencia de cantidades masivas de capital y escalas elevadas genera “barreras a la entrada” que tienen bastante fuerza en los mercados más pequeños; esas variables condicionaron en buena medida el avance de la rama en la Argentina durante la prolongada etapa de la ISI (industrialización sustitutiva de importaciones) así como ayudó a definir las estrategias de consolidación surgidas hacia el final de ese período.

La particular experiencia argentina con esta rama justifica que se presente un análisis de su evolución durante las últimas décadas en el que se intenta trazar el comportamiento de diversas variables. En primer lugar, el análisis de la evolución de su capacidad productiva y la eficiencia e integración de cada uno de las partes que la componen, acompañada por la evaluación de su producción efectiva (que depende de la utilización de esa capacidad real); debe aclararse que muchos de los resultados que se presentan son aproximados debido a la escasa transparencia de la rama que se verifica en las enormes dificultades encontradas para obtener información confiable; esos problemas se aprecian tanto en las cámaras empresarias como en las oficinas públicas que siguen su evolución. A pesar de esas carencias, se analizan también los datos referidos a la composición empresarial y sus roles en el mercado que permiten observar, dentro de la información disponible, el grado de control oligopólico en el sector. Estos datos alcanzan para concluir con un resumen de los cambios ocurridos en la morfología de este mercado, que pasó de un sistema cerrado a uno mucho más abierto, mientras se avanzaba hacia un elevado grado de especialización de la actividad local, explicada por las decisiones que se tomaron a lo largo de una etapa muy larga de cambios. Todos estos procesos tuvieron lugar en esa rama durante

estas décadas y ofrecen un balance de las perspectivas que se abren; ellas permiten enlazar la historia reciente con las posibilidades abiertas para los próximos años.

Una rama básica y ya antigua en la Argentina

La rama del papel forma parte de una cadena de actividades fabriles que terminan ese proceso ofreciendo una serie de productos que se diferencian tanto por sus calidades como por sus usos finales. La cadena comienza demandando madera como materia prima, que puede extraerse de bosques naturales o de aquellos forestados con ese fin (como ocurre cada vez más en el planeta a medida que los primeros tiendan a desaparecer por efecto de una constante explotación). La primera etapa fabril convierte la madera en celulosa (o pasta celulósica) que, a su vez, presenta diversas características y calidades que dependen tanto de la clase de árbol como del proceso fabril utilizado; la producción es continua y requiere maquinaria compleja y pesada (lo cual es sinónimo de abundante capital) además de un ritmo constante de provisión de madera para no interrumpir el proceso. En la segunda etapa, las diversas variedades de pastas de celulosa se transforman en papeles diferentes para los usos más variados; los más utilizados son el papel de diario, el papel de escritura (en variedad de formas), los papeles tissue (papel higiénico, para pañales, etc.) y el papel Kraft (o de embalaje) que se utiliza para bolsas o envoltorios o, a su vez, para fabricar cartón corrugado demandado por la industria del envase.

Las distintas actividades de la cadena del papel pueden estar integradas en un mismo ámbito geográfico (para reducir los costos de transporte que resultan menores, en general, cuando las plantas se ubican en lugares cercanos a los bosques que proveen la materia prima) aunque muchas veces predomina la atracción de los grandes mercados de consumo que absorben la mayor parte de esa oferta. Muchas veces, la actividad se divide geográficamente en plantas de celulosa cercanas a las fuentes de materias primas y procesadoras de papel en los grandes centros urbanos. Esas actividades pueden estar controladas por una misma empresa (que en ese caso se denomina integrada), solución que permite reducir costos de transacción y controlar todo el proceso productivo, o bien por empresas diferentes que se contactan a través de los mercados específicos.

El caso argentino exhibe una mezcla de todos esos atributos. La industria nació de manera muy precaria a fines del siglo XIX cuando se instaló la primer planta productora de papel en el pueblo de Andino, en Santa Fe, y fue creciendo muy lentamente durante el largo período de auge de la economía primaria exportadora. En 1929 se fundó Celulosa Argentina, la primera empresa del sector que nació grande debido a la decisión de un grupo de capitalistas que aportaron los fondos iniciales; la planta estaba basada en una tecnología que permitía hacer papel a partir de fibras de cultivos del sur de la provincia de Santa Fe, que justificaba la elección del sitio; hacia 1931 se concretó la instalación de la primera unidad fabril en Capitán Bermúdez y a partir de entonces la empresa logró una posición de claro liderazgo que mantuvo durante varias décadas. Celulosa era “independiente” pero estuvo

siempre asociada a otro grupo, conocido como el “grupo italiano”. Una vez que se consolidó, Celulosa adquirió en 1937 otras dos empresas menores del ramo (Andino y Zárate) y, en 1947, compró La Papelera del Norte, de modo que fue controlando partes crecientes del mercado local; finalmente, en 1965 se fusionó con la otra gran empresa del sector, La Papelera Argentina, con la que mantenía relaciones de complementación desde el origen de ambas.

Como producto de sus inversiones productivas y esas compras, a comienzos de la década del setenta, Celulosa producía más de 200.000 toneladas de papel, monto que representaba alrededor del 35% de la producción total del país; además, era la única firma totalmente integrada puesto que también fabricaba 220.000 toneladas de pastas, magnitud equivalente al 80% del total nacional en ese período. Para llevar a cabo esas actividades, la empresa había encarado un plan de forestación en grandes explotaciones propias y había avanzado hacia la producción de insumos químicos bajo distintas formas de colaboración con otras firmas; en esos años ya fabricaba 60.000 mil toneladas de soda cáustica y 52.000 toneladas de cloro que representaban 45% de la producción nacional. Además, la empresa operaba “aguas abajo” en la cadena productiva puesto que fabricaba más de 30.000 metros cuadrados de envases de papel.

Las empresas que la acompañaban eran más pequeñas y estaban especializadas en la producción de papel, aunque algunas tenían pequeñas plantas de celulosa, que eran insuficientes para atender sus necesidades; todas ellas contaban con la posibilidad de abastecerse de celulosa importada, para atender un mercado interno que seguía protegido naturalmente debido a que la escasez de divisas de aquella época impedía traer papel del exterior. La mayoría de las plantas eran pequeñas en relación al mercado interno y tenían, además, dimensiones menores a las requeridas por las economías de escala; este diagnóstico debe extenderse también a las plantas de Celulosa puesto que esa empresa poseía ya una amplia cantidad de unidades fabriles acumuladas bajo su control en el proceso mencionado de adquisiciones que había llevado a cabo durante varias décadas. La empresa líder era grande y decisiva en el mercado nacional pero sus numerosas plantas no ofrecían economías de escala y, peor aún, generaban problemas de coordinación interna que no parecen haber sido menores; en consecuencia, sus costos promedios resultaban mayores a los vigentes en el mercado internacional una vez descontadas las diferencias generadas por el tipo de cambio. A ello se agregaba la antigüedad, u obsolescencia, de gran parte de la maquinaria instalada que se observaba como una situación generalizada en la rama ya en los años sesenta y que presentaba un factor adicional que afectaba a la calidad de la producción.

Una etapa madura en preparación para un salto

Hacia la década del sesenta, la creciente demanda interna, sumada a las políticas oficiales de apoyo a la ISI, dio lugar para que se lanzaran nuevos y variados proyectos de producción en distintos ámbitos de la rama. En 1957 nació Massuh,

que comenzó a producir papel en una planta menor en Quilmes y que, con el paso del tiempo, se fue convirtiendo en uno de los jugadores importantes del sector. En esa misma fecha apareció Zucamor, con su planta original en Ranelagh (Gran Buenos Aires), que avanzó en rápidos saltos durante una década hasta convertirse en un empresa mediana bastante integrada que lograba producir celulosa, papel y cartón corrugado. En 1961 se creó Witcel, una asociación entre Celulosa y un grupo inglés para fabricar papeles especiales. En 1965 la empresa Ledesma entró en el negocio mediante la decisión de agregar, a su clásica producción de azúcar, la de papel a partir del bagazo de la caña, en un proceso de diversificación horizontal que aprovechaba la posibilidad de disponer de esa materia prima hasta entonces no utilizada.

Esos desarrollos explican que en esos años se registrara una expansión de la actividad de la rama en un contexto que mantenía a Celulosa como el mayor productor. La especialización de las empresas menores que se ubicaban en ciertos segmentos del mercado permitía al conjunto convivir sin demasiada competencia directa aunque con claro déficit en lo que se refiere a la producción de pastas. Hacia fines de los sesenta, la capacidad productiva de la rama sumaba unas 580.000 toneladas anuales de papel, basada en unas 40 plantas fabriles. El 30% del total estaba cubierto por Celulosa, otro 50% por cinco grandes establecimientos, y el resto por las plantas de menor dimensión¹.

A fines de los sesenta, los diagnósticos sectoriales sugerían la necesidad de que el sector produjera saltos cuantitativos y cualitativos. Ambos requerían aumentar las dimensiones de plantas y equipos hasta cumplir con los requisitos de las economías de escala que exigía la técnica mientras que se debía avanzar en la actividad “aguas arriba”, o sea en la forestación y en la producción básica de celulosa que presentaba el mayor déficit en la cadena. El estado nacional decidió entonces promover esas actividades mediante diversas herramientas, entre las que se contaba la oferta de créditos y subsidios orientados a proyectos específicos que cumplieran con los requisitos técnicos mencionados por los especialistas (que incluían tanto ciertas dimensiones mínimas de cada planta como localizarlas cerca de las fuentes de materia prima, entre otras definiciones que incluían la defensa del capital local). En pocos años se definieron varios proyectos destinados a generar una nueva estructura productiva en el sector mediante acuerdos entre el sector público y privado que en cierta forma llevaban a la culminación del proceso bien conocido de la ISI.

Esos proyectos fueron los siguientes²:

¹ Otras empresas del sector que no se mencionan con detalle era Schcolnik, Papelera Pedotti y Celulosa Jujuy, cuyo detalle figura en Jorge Schvarzer, “Evolución y perspectivas de la industria argentina de la celulosa y el papel”, junio de 1993, mimeo (preparado como parte de un proyecto financiado por la Fundación Volkswagen sobre la evolución de esa rama en el Cono Sur).

² El detalle de estos proyectos (así como los dirigidos a otras ramas básicas de la industria en esa época) figura en Jorge Schvarzer, “Estrategia industrial y grandes empresas: el caso argentino”, en *Desarrollo Económico*, nº 71, octubre-diciembre de 1978 que se resume en esta sección. Un análisis posterior y más abarcador de la promoción industrial se encuentra en Jorge Schvarzer, *Promoción industrial en la Argentina. Características*,

*) La instalación de dos plantas integradas y con dimensiones suficientes para aprovechar las economías de escala dedicadas a fabricar celulosa y papel de diario. La primera, Papel Prensa, localizada en Zárate, para aprovechar la disponibilidad de madera de álamo en la zona del Delta, actividad que era promovida desde años antes por el gobierno; la capacidad productiva programada para la planta, luego de rondas de consulta con el sector privado, estaba en 100.000 toneladas por año que era el mínimo conveniente en esa época y se ubicaba en el orden de la mitad del consumo interno nacional. La empresa tuvo distintos propietarios, que se sucedían en medio de los avatares políticos de las décadas del '70 y '80, hasta que quedó en manos de sus dos principales (y casi exclusivos) consumidores: las empresas periodísticas que editan Clarín y La Nación. La segunda planta, Papel de Tucumán, ubicada en dicha provincia para utilizar el bagazo de la caña azucarera, con una tecnología especial (todavía poco ensayada en esa época) y dimensiones semejantes a la anterior; esta empresa tuvo diversos problemas técnicos, que se sumaron a los económicos, y pasó por diversos propietarios hasta quedar en manos de un grupo liderado por el ex diputado peronista A. Pierri, que la fusionó con otras plantas menores radicadas en Buenos Aires. Actualmente, la empresa se denomina Papelera Tucumán y produce de manera integrada papel para imprimir, pero no para diarios, de modo que Papel Prensa quedó como única en este mercado.

*) La instalación de dos grandes y nuevas plantas integradas de celulosa localizadas en Misiones para aprovechar la oferta de madera de pino generada por los planes forestales impulsados previamente por el sector público. La primera, denominada Alto Paraná, estaba programada para dedicarse exclusivamente a la producción de celulosa, con una capacidad de 170.000 toneladas anuales; ella atendería la demanda de ese insumo proveniente del resto de las empresas papeleras locales no integradas que, para asegurar ese flujo, eran socias menores en el capital; de todos modos, la organización societaria implicaba que Celulosa tenía la porción mayoritaria de las acciones. La planta comenzó a operar durante los primeros años de la década del ochenta y cambió de propietario en la década siguiente, como se verá más adelante. La segunda planta, denominada Celulosa Puerto Piray, estaba proyectada para producir la misma cantidad de celulosa, que se integraba hacia delante con la fabricación de 130.000 toneladas de papel³; esa empresa era propiedad exclusiva de Celulosa Argentina que a través de esa nueva instalación experimentaba un salto cuantitativo y cualitativo de sus dimensiones. Esas inversiones, sólo posibles por el mecanismo de la promoción, le permitirían mantener su liderazgo en la rama en medio de un proceso que aumentaba de manera considerable la integración fabril y la producción local integrada de celulosa y papel. Los problemas económicos y de conducción de Celulosa durante la segunda mitad de los setenta generaron un largo

evolución y resultados, Documento 90, CISEA, 1987, Buenos Aires, algunas de cuyas conclusiones se mencionan en el texto.

³ Celulosa ya tenía una pequeña planta en esa localidad que fue cerrada durante la década del noventa por obsoleta y que confunde a muchos observadores por tener el mismo nombre de la localidad donde se proyectaba la nueva gran planta de celulosa.

retardo de las obras de la planta, situación que se agravó aún más debido a la convocatoria de acreedores a la que debió recurrir en 1982; se puede adelantar que, desde entonces, la instalación de Celulosa Puerto Piray permaneció estancada, la empresa cambió de propietario y ha quedado reducida ahora a trabajar como un aserradero.

*) Otra planta integrada de celulosa y papel Kraft en Misiones, impulsada por el gobierno provincial y la promoción nacional, que opera con el nombre de Papel Misionero, que fabricaba, cuando culminó su primera etapa de instalación, en 1975, 36.000 toneladas anuales. Esa oferta era menor a lo exigido por las economías de escala, pero funcional en el mercado interno en medio de las dificultades de aprovisionamiento de la economía cerrada en aquel período. La capacidad operativa de la empresa se amplió a 54.000 toneladas a mediados de la década del ochenta y llegó a los 70.000 a comienzos de la década siguiente como parte de un proceso continuo de inversiones para su expansión. Sus mayores clientes son los fabricantes de bolsas de papel para diversas ramas fabriles (como cal, cemento, azúcar y otros). Esta empresa fue privatizada en 1997, como se verá más adelante.

*) Diversos proyectos para ampliar la producción de papel en las plantas especializadas ya existentes en el país que, permitirían, a juicio de los observadores que opinaban a mediados de la década del setenta, obtener el autoabastecimiento del sector. Era de esperar que éste operaría a partir de entonces de manera integrada y con una razonable economía de escala, combinando el aumento de la producción con las mejoras en precio y calidad.

La producción de papel para diario

El creciente consumo de papel de diario y la ausencia de provisión local, que obligaba a las empresas periodísticas a importar la totalidad de ese producto, en medio de la penuria de divisas que vivía el país, llevó a proyectar la instalación de plantas especiales en ese rubro específico, como se mencionó más arriba. Con ese objeto, sucesivos gobiernos comenzaron a fijar aranceles a la importación de papel de diario que, por sus características, había entrado libre de derechos durante más de un siglo. Esos nuevos aranceles estaban destinados a crear fondos para promover la instalación de las fábricas necesarias y, al mismo tiempo, generar un estímulo económico a dicha actividad (dado que aumentaban el precio en el mercado local); debe destacarse que esos aranceles se decidieron en 1969 (con un valor simbólico de 5%) y aumentaron en 1976 y 1977 (a 10% y 20%) durante la gestión de J. A. Martínez de Hoz, en un claro indicador de que ese criterio era adoptado por los grupos más “neoliberales” del país y sostenido cuando comenzaba a decidirse el cambio de rumbo de la política económica.

La promoción de Papel Prensa tenía en cuenta que la planta tuviera un tamaño mínimo (100.000 toneladas, como se mencionó) y que se ubicara en Zárate con la doble ventaja de que ese lugar contaba con la cercanía de la materia prima (álamos del Delta) y del gran mercado consumidor de la ciudad de Buenos Aires. El proyecto

suponía una segunda etapa que duplicaría la producción, pero que no se llevó a cabo hasta ahora. La planta comenzó a producir en 1978 y llegó a procesar hasta 140.000 toneladas anuales de papel de diario debido a la capacidad operativa de la máquina mayor y a algunas mejoras en el proyecto original, magnitud que mantuvo a lo largo de varios lustros.

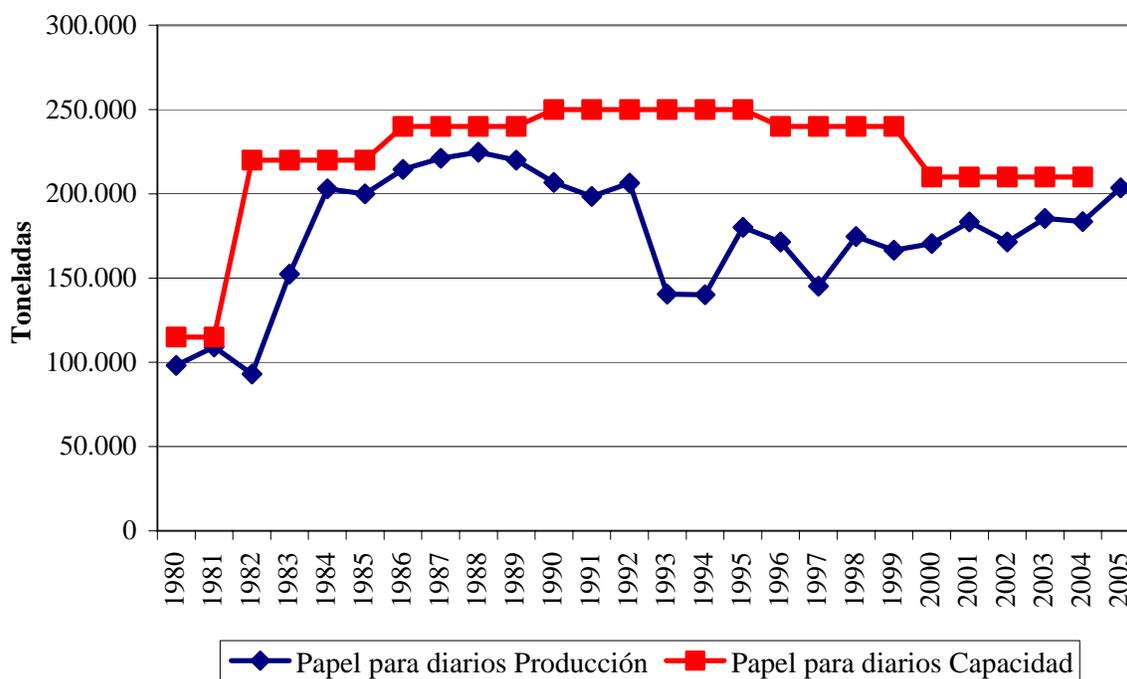
La segunda planta, Papel de Tucumán, estaba pensada con una doble función de mercado. La primera consistía en atender la demanda de los diarios del interior, que tenían quedar dependientes de un proveedor único, y que fueron incorporados como accionistas menores en el proyecto original. La segunda radicaba en la ventaja de ubicar una nueva actividad fabril en una provincia en ese momento en crisis debido a la sobreproducción de azúcar y que podía utilizar la materia prima local (el bagazo de la caña) que no tenía mayor uso y parte del cual se quemaba en las calderas de los ingenios. La empresa encontró una gran cantidad de dificultades, tanto técnicas como de orden económico, que no se resolvieron cuando comenzó a producir. Esos problemas técnicos en un contexto económico difícil llevaron finalmente a la empresa a presentarse en convocatoria de acreedores

La salida de Papel de Tucumán del escenario de la producción local de papel de diario coincidió con inversiones del orden de 45 millones de dólares que realizó Papel Prensa para ampliar su máquina principal; así esta última llegó a alcanzar una capacidad de 170.000 toneladas por año (según diseño) que comenzó a arrojar esas cantidades a partir de 1997 en un nuevo salto productivo.

El Gráfico 1 exhibe la evolución de la capacidad instalada en la industria del papel de diario desde 1978, coincidente con la puesta en marcha de Papel Prensa, donde se observa la aparición posterior de Papel de Tucumán y su salida del área, así como los efectos de la ampliación de Papel Prensa a partir de 1997. El mismo gráfico exhibe también la evolución de la producción que, con pequeñas variaciones coyunturales (originadas en las paradas de máquina debido al mantenimiento) siguen las posibilidades brindadas por aquella capacidad.

Como se aprecia, la producción avanza rápidamente a partir de 1978, debido a la puesta en marcha de Papel Prensa, que alcanza su nivel productivo de diseño en 1979; a ello se agrega la oferta de Papel de Tucumán, en 1983, más el impacto de algunas mejoras menores posteriores realizadas en la primera planta. A partir de 1987, en cambio, se nota un período de estancamiento, incluyendo una caída hasta 1993, que ocurre por el cierre ya mencionado de Papel de Tucumán. La producción avanza lentamente, limitada por la capacidad disponible, y se mantiene en 170.000 toneladas hasta 2004; según las últimas informaciones, ella habría pasado a 200.000 toneladas en 2005. Es decir que esta rama exhibe un largo estancamiento, del orden de varios lustros, en términos de su capacidad productiva que, por otro lado, fue utilizada prácticamente a pleno durante todo ese período; en ese ínterin, la rama ha mejorado su productividad, tanto en términos técnicos como en la utilización de mano de obra, y aumentó su concentración de la

Gráfico 1. Evolución de la capacidad instalada y la producción integrada de papel de diario en la Argentina, en toneladas por año



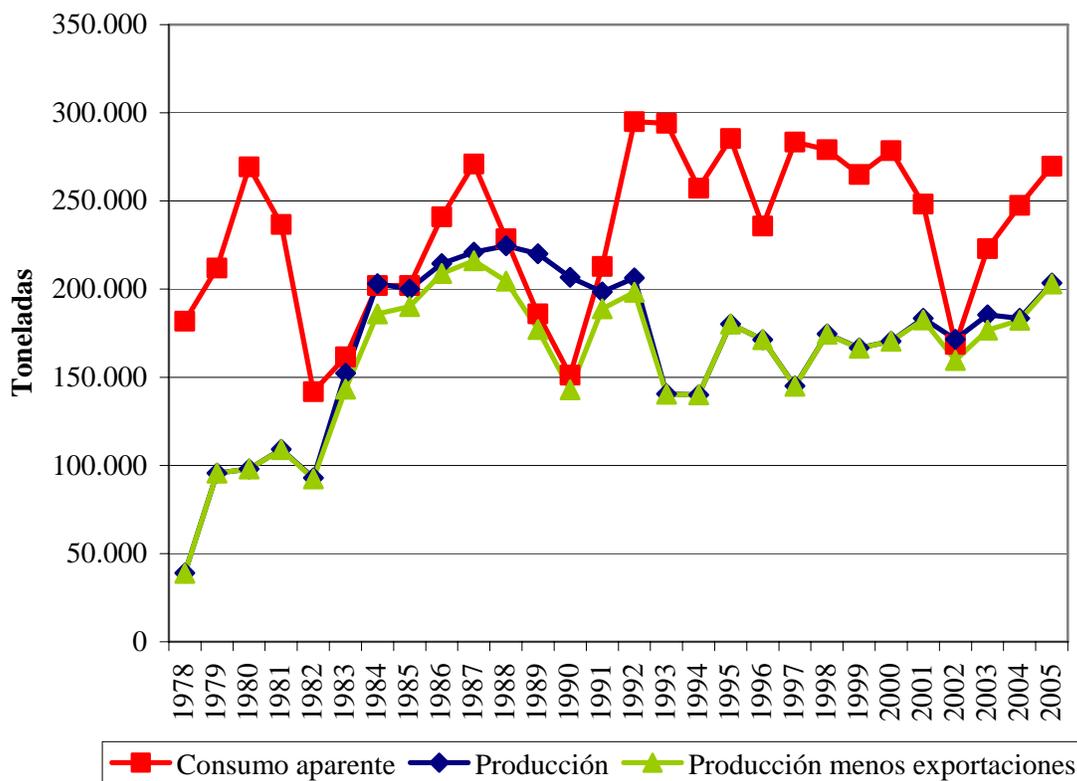
Fuente: Estimaciones propias sobre la base de los Informe de las propias empresas, de la AFCP y de la Secretaría de Industria⁴.

oferta en el mercado local dado que hay una única planta especialmente equipada para ella.

Ese estancamiento de la producción, que contrasta con las expectativas optimistas de inicios de la década del setenta se explica, entre otras cuestiones, por la evolución de la demanda local, como se aprecia en el Gráfico 2. La demanda creció de un valor mínimo a mediados de la década del setenta hasta 250.000 toneladas en 1980, valor que todavía era inferior al registrado en 1970, para volver a caer en la siguiente crisis; se recuperó hasta llegar a aquel mismo monto en 1987 y volvió nuevamente a caer hasta el final de la década; luego, llegó a alcanzar valores de 300.000 toneladas en un solitario par de años durante la convertibilidad que no pudo mantener. A partir de la crisis de comienzos del siglo XXI, está volviendo a los 250.000 toneladas ya registradas hace un cuarto de siglo, con una incógnita sobre su posible evolución futura en términos de magnitud.

⁴ Las cifras y estadísticas disponibles para todo el sector ofrecen diferencias apreciables de acuerdo a la fuente que se tome, de modo que se optó por seleccionar aquellos datos que presentaban mayor certidumbre aunque no siempre coincidieran con los oficiales.

Gráfico 2. Evolución del consumo aparente y la producción integrada de papel de diario en la Argentina, en toneladas por año



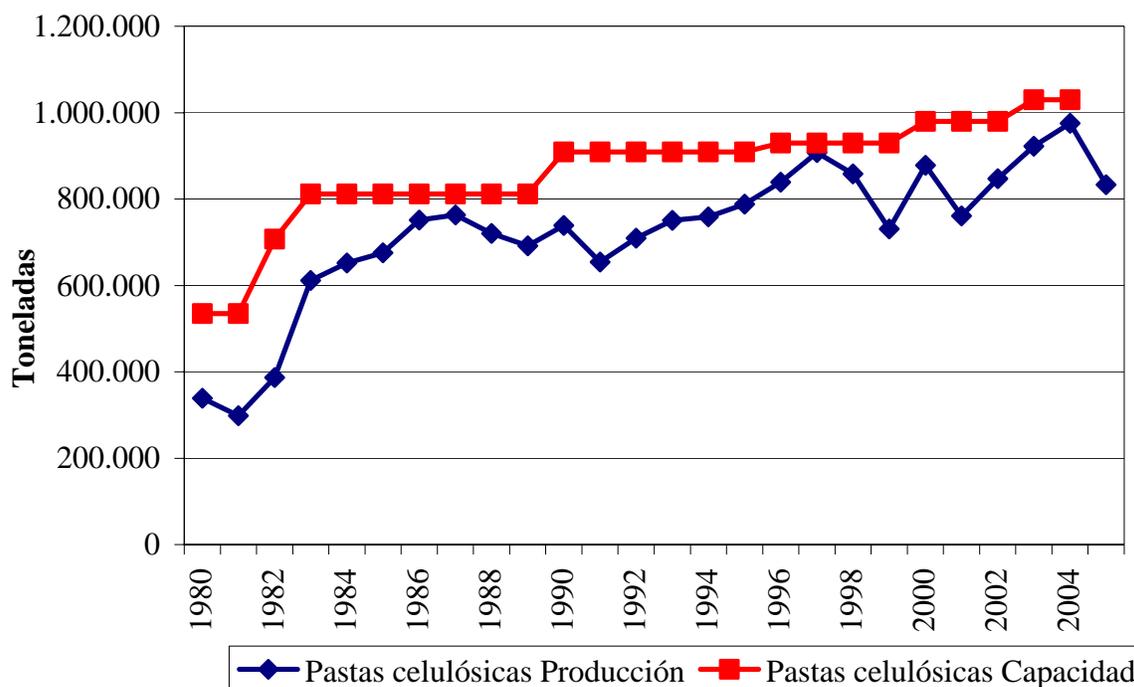
Fuente: Estimaciones propias sobre la base de los Informe de las propias empresas, de la AFCP y de la Secretaría de Industria (idem nota al pie de gráfico 1).

De esa evolución surgen dos conclusiones claras. El primero es que el consumo interno no ofrece ningún dinamismo de mediano plazo que estimule la instalación de nuevas plantas; la alternativa consistiría en producir para exportar, pero esa posibilidad se vio afectada durante la década pasada por el atraso cambiario que bloqueaba ese negocio (como tantos otros) y falta ver la respuesta de los actores a la nueva situación de la economía nacional. La sucesión de crisis de demanda y de continuo cambio en las condiciones económicas es una de las causas que explica que la producción quedara limitada a una cantidad inferior a la demanda local; el actual nivel resulta suficiente para mantener la planta principal utilizada a plena capacidad para atender el mercado interno mientras que la diferencia con la demanda interna (si la hay) se salda mediante importaciones que actúan como variable de ajuste en el equilibrio del mercado.

La producción de pasta celulósica

La capacidad instalada de producción de pasta, que estaba en el orden de 500.000 toneladas al comienzo de la década del ochenta, saltó a más de 800.000 cuando se inauguró la planta de Alto Paraná, impulsada por la promoción oficial como se vio más arriba. La planta comenzó a operar en medio de la crisis dejada como herencia de la política de la dictadura militar y sus efectos se notan en los resultados; la producción, que hasta entonces era muy inferior a la capacidad nominal, trepó hasta acercarse a las 750.000 toneladas anuales. A partir de allí se nota una caída de la producción a fines de la década, acompañada un pequeño incremento de la capacidad instalada.

Gráfico 3. Evolución de la capacidad instalada y la producción de celulosa para papel en la Argentina, en toneladas por año



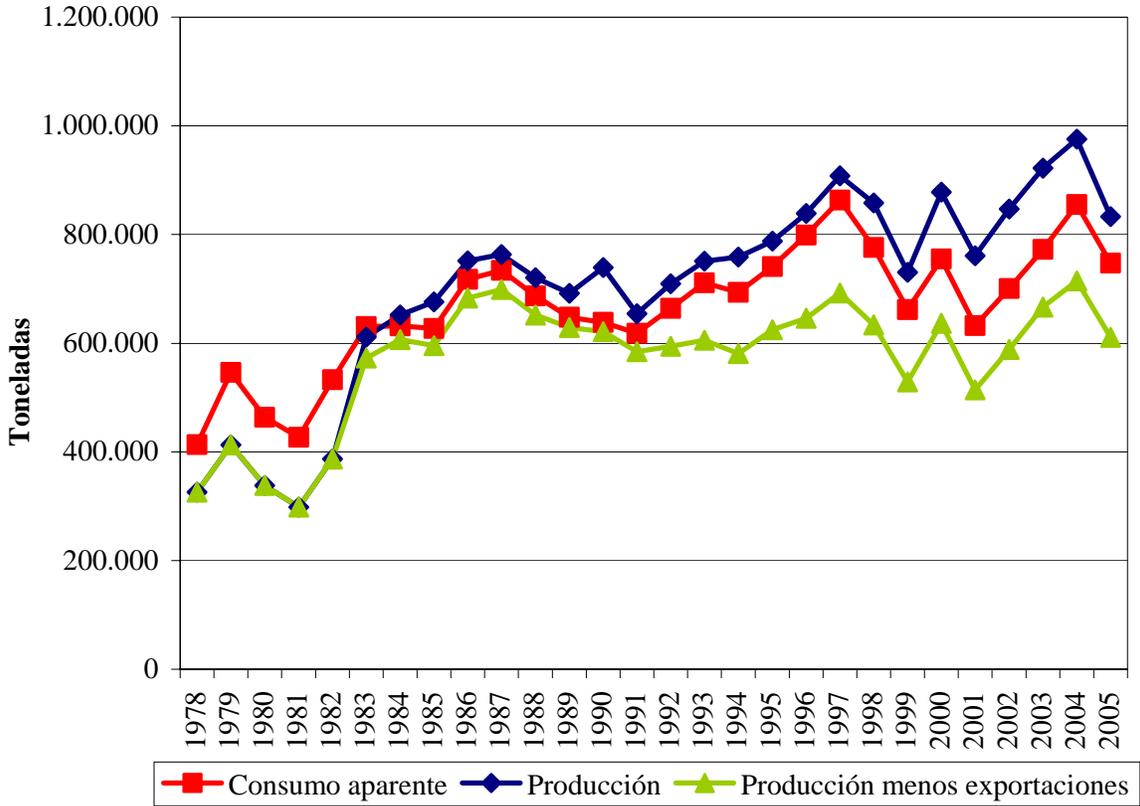
Fuente: Estimaciones propias sobre la base de los Informe de las propias empresas, de la AFCP y de la Secretaría de Industria (idem nota al pie de gráfico 1).

El crecimiento productivo experimentado en el último quinquenio se efectuó en base a la utilización de la capacidad instalada disponible, de modo que en estos últimos años, luego de la crisis de la convertibilidad, la rama está operando a pleno pero sin que ocurrieran expansiones de su capacidad en el ínterin. La expansión posterior sólo podrá hacerse, por eso, mediante nuevas inversiones que aumenten la capacidad instalada. Han surgido algunos proyectos en ese sentido, aunque pocos mencionan dimensiones de planta adecuadas a las actuales economías de escala; para peor, este

año se observa que la realización de esos proyectos se ve afectada por las protestas sociales contra las potenciales emisiones nocivas al ambiente que van a generar las plantas celulósicas en proceso de instalación en el Uruguay frente a Gualeguaychú y que han generado un compás de espera en esta industria en conjunto.

Esos proyectos están condicionados, también, por la evolución del consumo interno que exhibe un notable estancamiento. La demanda local se mantuvo estable en torno a las 700.000 toneladas entre 1984 y 2002 y sólo entonces comenzó a reanimarse para llegar ahora a unas 800.000 toneladas. El exceso de producción local de pasta de celulosa se exporta sin mayores dificultades. En rigor, el país exporta pasta e importa, también, debido a las diferentes calidades de ese producto, de modo que se registra lo que se puede definir como una creciente apertura del mercado. Esos cambios se aprecian en el Gráfico 4 que permite observar el aumento del comercio externo de pastas (importaciones y exportaciones) en la actividad local.

Gráfico 4. Evolución de la producción de pasta de celulosa, el consumo interno y la exportación, en toneladas por año



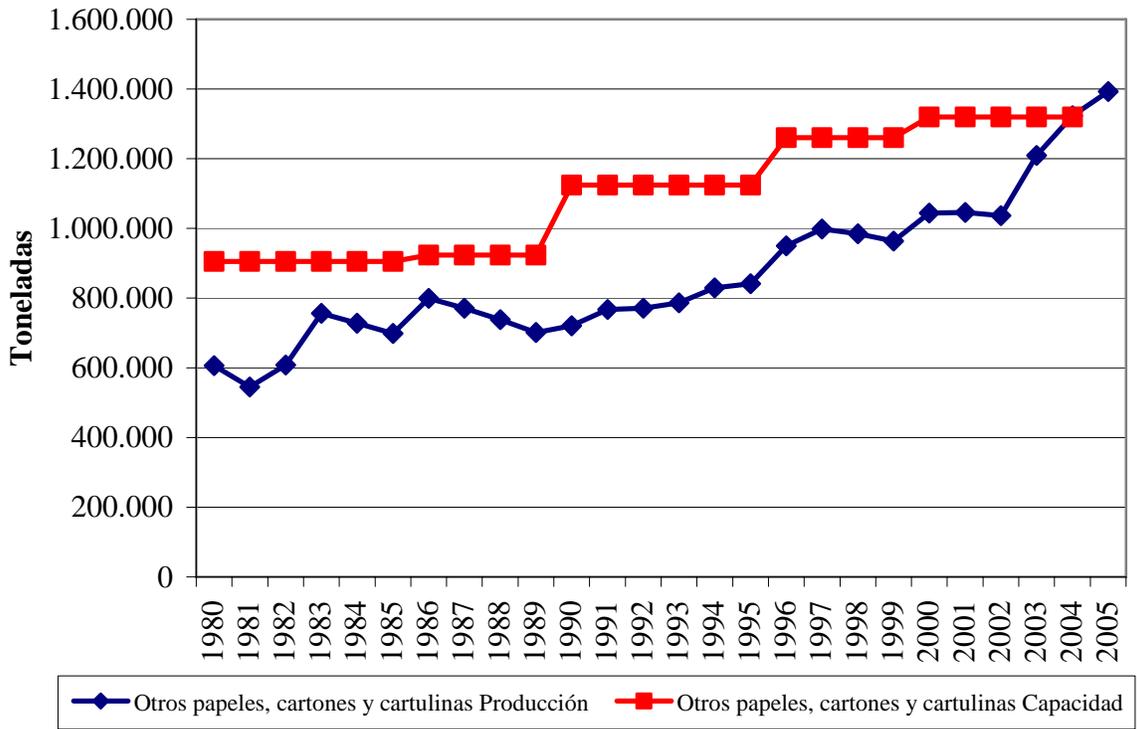
Fuente: Estimaciones propias sobre la base de los Informe de las propias empresas, de la AFCEP y de la Secretaría de Industria (idem nota al pie de gráfico 1).

Como se observa, entre 1982 y 1990, la producción y el consumo interno estaban estrechamente ligados, aunque se registraban algunas exportaciones menores; en cambio, a partir de los primeros años de la década del noventa, la industria tiende a exportar valores del orden de 200.000 toneladas cada año mientras que la misma rama importa entre 80.000 y 100.000 toneladas por las razones mencionadas. Esta evolución sugiere que la industria opera en condiciones de gran apertura al mercado externo y, por lo tanto, en condiciones de eficiencia semejantes, al menos, a las de otros competidores.

La producción de papel

La producción local de papel se ha mantenido en una meseta a lo largo de los últimos años, como ya se aprecia en los datos de demanda de pasta de celulosa que es su principal insumo. El relativo estancamiento de este sector generó un creciente ingreso de papel importado en todas sus variedades como se exhibe en el Gráficos 5.

Gráfico 5. Evolución de la capacidad instalada y la producción de papeles y cartones en general (salvo papel de diario) en la Argentina, en toneladas por año

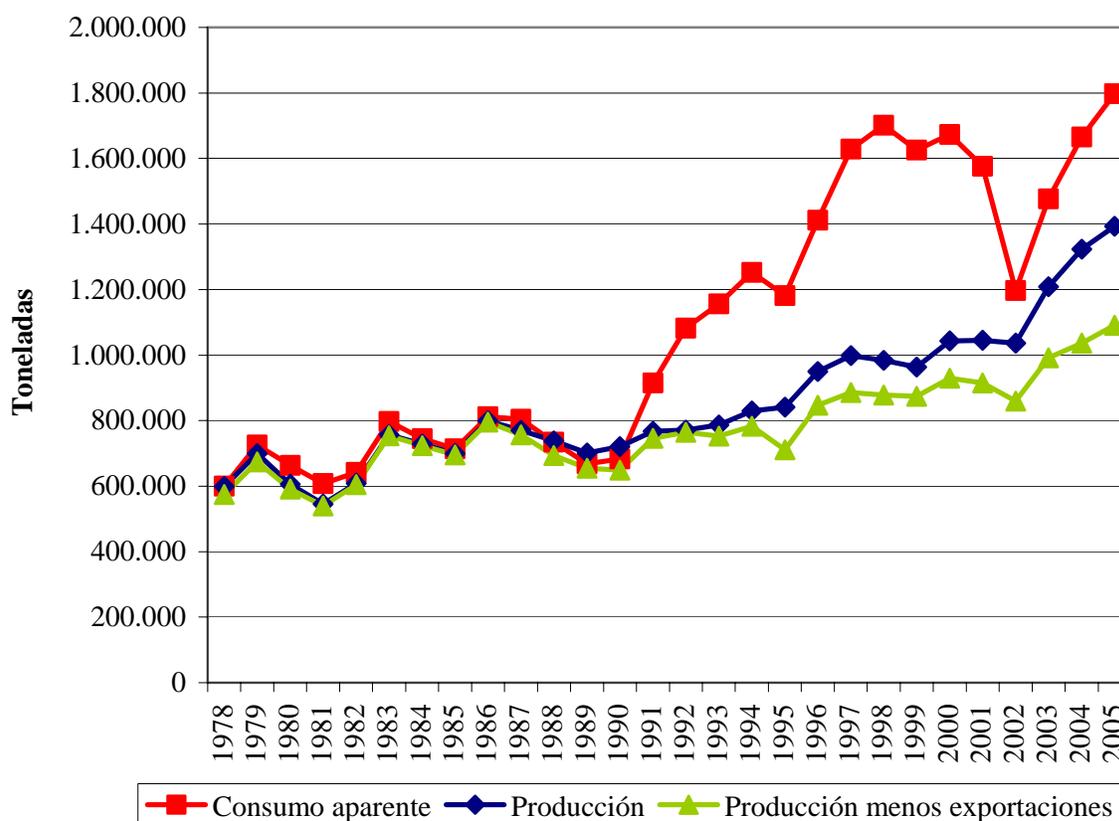


Fuente: Estimaciones propias sobre la base de los Informe de las propias empresas, de la AFCP y de la Secretaría de Industria (idem nota al pie de gráfico 1).

Durante toda la década del ochenta, la capacidad instalada se mantuvo levemente por encima de las 900.000 toneladas y experimentó varios incrementos en la década siguiente hasta llegar a 1.300.000 toneladas. Estos datos implican que esa capacidad creció, en el mejor de los casos, a un ritmo de 4% anual, si se toma sólo la década del noventa, o a menos de 2% anual si se toma todo el período considerado.

Durante estas dos décadas, la utilización de esa capacidad se mantuvo en torno al 80% y sólo en los últimos años se registra un rápido avance que permite decir que se ha llegado a aprovechar toda la maquinaria instalada disponible. Este fenómeno, no poco importante, se origina, sin duda, en dos factores paralelos. Uno proviene del lado de la oferta que se deriva de los cambios técnicos de los últimos años (incluyendo el cierre de algunas empresas y la ampliación de otras) que mejoran la eficiencia del sector. El otro se origina en la demanda así como el cambio de entorno competitivo ocurrido desde la devaluación. Estos efectos se notan mejor observando el Gráfico 6 que registra diversas variables: la producción, la demanda interna y las importaciones y exportaciones.

Gráfico 6. Evolución de la producción de papeles y cartones en general (salvo papel de diario), el consumo interno y la exportación, en toneladas por año



Fuente: Estimaciones propias sobre la base de los Informe de las propias empresas, de la AFCP y de la Secretaría de Industria (idem nota al pie de gráfico 1).

El gráfico exhibe claramente que durante la década del ochenta la producción acompañaba estrechamente a la demanda, equilibrio que se origina en el hecho de que la primera establecía límites a la segunda debido a las dificultades para importar. A partir de la apertura externa con tipo de cambio atrasado, en la década del noventa, la demanda interna se duplica puesto que pasa de unas 800.000 toneladas en los mejores años de la primera década mencionada a 1.600.000 toneladas de promedio anual en el período 1997-2001. La caída posterior se recuperó en estos últimos años y el consumo aparente se acerca de nuevo a los máximos establecidos entonces. Este es el sector más dinámico de la rama, pero es evidente que su impulso (originado en cambios en los mercados locales) funcionó básicamente gracias a las importaciones. En efecto, como una parte menor de la producción se exporta, se puede decir que casi la mitad del mercado interno es abastecido desde el exterior en una clara señal de que existe un amplio margen para sustituir importaciones.

La rama en perspectiva

Como se señaló, durante el largo período de la ISI esta rama creció en forma continua aunque no de manera ordenada. A lo largo de ese proceso logró cierto grado de diversificación y producir una serie de productos diferentes, pero aún hacía el final de ese período le faltaba culminar su integración vertical y alcanzar las economías de escala necesarias para ser competitiva y eficiente. Los sucesivos impulsos oficiales en su apoyo, iniciados en la década del sesenta, cristalizaron en varios proyectos grandes y modernos que comenzaron a instalarse en el decenio siguiente. Esos proyectos sufrieron los avatares de los cambios de rumbo que experimentó la Argentina a partir de 1976 pero, a pesar de todo, cuatro de ellos lograron construirse y entrar en actividad; como se mencionó, se trata de Papel Prensa, Papel de Tucumán, Alto Paraná y Papel Misionero, que conforman en la actualidad la mayor base productiva de la rama y cubren prácticamente la totalidad de la producción de celulosa y buena parte de la oferta de papel. Otros grandes proyectos planeados, como el de Celulosa Puerto Piray, quedaron congelados debido a los cambios de rumbo de la economía y ya no pertenecen a la rama (puesto que las instalaciones de esa empresa se limitan a un aserradero).

Estos proyectos definieron la ubicación de las plantas más significativas de la rama a lo largo del eje geográfico diseñado por el curso del río Paraná y en sitios cercanos a la oferta de madera procedente de los bosques que ofrecen la materia prima (que se extienden especialmente en Misiones y en el Delta del Paraná). El río ofrece la ventaja adicional de un transporte económico por barcaza y posibilita la exportación actual y futura a costos razonablemente bajos. Las excepciones están dadas por las dos plantas de papel que utilizan el bagazo de la caña de azúcar que se ubicaron en Tucumán y en Jujuy (Ledesma), formando otro polo productivo geográfico en el Noroeste argentino que se explica, básicamente, por razones ecológicas.

Las plantas de papel, en cambio, exhiben una geografía mucho más difusa y una distribución en un gran número de unidades, en cuya ubicación influyen factores tan

diversos como la gran demanda de Buenos Aires, la promoción fabril (San Luis) o razones históricas (Córdoba y otros)

La aparente situación de madurez que parecía alcanzar la rama se enfrentó a la crisis provocada por la primera etapa de la apertura externa, con tipo de cambio atrasado y elevadísimas tasas de interés, que provocó una situación de quiebra en varias de las mayores empresas hacia comienzos de la década del ochenta y obligó a aplicar un freno a los proyectos de expansión. La situación parecía revertirse de nuevo hacia fines de aquella década cuando se conocieron propuestas de inversión por miles de millones de dólares para ampliar la capacidad fabril del sector. La mayor razón de ese cambio residía en el hecho de que las plantaciones forestales del país tienen, por causas naturales, un crecimiento muy rápido y costos reales muy bajos que permiten producir celulosa a costos claramente competitivos, fenómeno que resultaba válido para toda la región y que impulsó el lanzamiento de proyectos similares en Chile, Brasil y Uruguay⁵. Pero los programas locales fueron nuevamente suspendidos a comienzos de la década del noventa por el doble efecto de la nueva política de atraso cambiario con apertura externa en el país; los problemas se hicieron más agudos aún debido a que esos cambios se combinaron con una caída notable del precio de la pasta de celulosa en el mercado mundial: Las razones de ese último fenómeno eran coyunturales pero no fueron por eso menos graves y tuvieron un notable efecto sobre la conducta de las empresas locales.

La intensa presencia en el mercado nacional de la oferta brasileña, que había alcanzado cierto grado de madurez productiva y dimensión económica en esos años, debido al apoyo oficial (semejante a la mencionada para el caso argentino), generó una clara amenaza para la producción local. Ese desafío se logró superar con un “acuerdo de caballeros” entre las empresas de ambos lados de la frontera que limitó la parte de mercado que las brasileñas podían ocupar en la Argentina. Pero la superación de ese problema no modificó la conducta de los empresarios locales; por el contrario, las dificultades para ampliar las bases productivas locales generó un estado de largo estancamiento en las inversiones productivas que se verifica en los datos anteriores. Esto no significa que no hubiera cambios. Por el contrario, se observa que en ese período cerraron varios establecimientos obsoletos de la rama, ya sea por quiebra de las empresas o por decisión de sus propietarios, mientras se instalaban algunas plantas medianas especializadas en ciertos rubros (algunas de las cuales estaban incentivadas por la acción oficial sobre la oferta local de insumos tal como la realizada por Papel Misionero, por ejemplo). Esos procesos permitieron algunos cambios importantes como los que se vieron en las estadísticas previas; en particular, que la utilización de la capacidad productiva se fue acercando a la nominal instalada, generando un aprovechamiento adecuado y una mayor eficiencia

⁵ Los bosques de la zona permiten extraer los primeros cortes de madera a los siete años de plantados y la tala a los diez, en comparación con los 25 a 30 años que requieren para ese mismo aprovechamiento en el norte de Europa. Esta diferencia natural genera una diferencia de costos que supera los cien dólares en el costo total de la pasta y ofrece una formidable ventaja competitiva que explica el interés por ese tipo de proyectos en toda la región (que incluyen el apoyo a la forestación así como la instalación de plantas procesadoras) como se ve en el vecino Uruguay.

del sistema. Conviene insistir en que el cierre de plantas obsoletas permite un salto de la productividad global que ocurre de una sola vez y que no incide en la marcha futura de la rama (puesto que ella requiere para seguir mejorando su eficiencia que se ejecuten nuevas inversiones); además, debe advertirse que esos cierres reducen la capacidad instalada potencial de la misma en el corto plazo.

A fines de la década del noventa se comenzó a sentir la necesidad de ampliar el sistema y se nota en la actualidad que hay una serie de inversiones que tienden a incrementar la capacidad instalada. La devaluación de la moneda de comienzos de 2002 favoreció la posición competitiva de la rama que hoy exhibe cierto dinamismo aunque todavía no se registran nuevos y grandes proyectos básicos que permitan lograr la integración vertical con eficiencia. Este proceso global se puede resumir señalando que aún hoy, la mayor actividad de la rama se apoya en los proyectos iniciados hace tres décadas que le dieron su fisonomía actual, y que no tuvieron más efectos debido a los graves trastornos de política económica ocurridos durante los años 1976-81 y 1991-2001.

Los cambios en el régimen de propiedad

La política promocional de fines de la década del sesenta intentaba apoyar la creación de grandes empresas de capital local en la rama como se aprecia de los comentarios efectuados más arriba. Esa estrategia, que se extendió a otras ramas básicas de la industria, ofrecía diversos subsidios porque tenía en cuenta que los capitales nacionales no habían alcanzado la dimensión suficiente para obtener crédito internacional en la medida necesaria para efectuar el deseado salto técnico en su dimensión operativa. Algunas de las instalaciones físicas se llevaron a cabo, pero la defensa y consolidación del capital nacional no tuvo suerte y esos proyectos fueron dejados de lado por las políticas posteriores; se observa que algunas empresas tuvieron que recurrir a buscar nuevos socios para resolver sus angustiantes problemas financieros mientras que otras quebraban o caían sometidas a los flujos financieros externos que alentó la década de la convertibilidad. Los resultados se pueden apreciar en el siguiente resumen de los casos más importantes de cambios de propiedad en el período analizado.

Alto Paraná (ó APSA por sus siglas). Nació como un proyecto que asociaba a la mayor empresa de la rama (Celulosa) con las medianas para la provisión de pastas celulósicas para todas ellas y comenzó a operar, gracias a la promoción, mientras cambiaba continuamente el número y carácter de sus accionistas. En 1993, el Banco Citicorp, que ya había adquirido el control de Celulosa, obtuvo el control de esta empresa; más tarde se apropió de la totalidad de las acciones cuando Massuh se vio obligado a pagar parte de su deuda con esos papeles. En 1996 Citicorp vendió la empresa al grupo Angelini, de origen chileno, que se hizo cargo a través de sus controladas, Celulosa Arauco y Constitución (Celco), por un precio del orden de 470 millones de dólares (250 millones en efectivo, más una deuda existente de 220 que asumía al mismo tiempo).

Papel Misionero. Esta empresa, formada originalmente por el gobierno de la provincia con participación minoritaria de proveedores japoneses, se inauguró en 1975 y creció en varias etapas hasta la década de 1990. En 1997 fue privatizada y se vendió a un consorcio integrado por BISA (Bemberg Investment) y Zucamor que firmaron el compromiso adicional de efectuar inversiones incrementales en el mediano plazo para hacerla más eficiente. En 2001, Papel Misionero adquirió el 75% de Puntapel, industria de San Luis, líder local en la fabricación de bolsas multipliegos, que pertenecía a Internacional Paper, de Estados Unidos; con esa operación, los nuevos propietarios avanzaron en la integración productiva “aguas abajo” mientras ampliaban la capacidad instalada a 90 mil toneladas anuales. En 2004 anunciaron una inversión adicional de 190 millones de dólares destinada a duplicar la producción de papel en un plazo de cuatro años que, en su culminación, los va a colocar entre los mayores productores locales de ese insumo.

Zucamor. Esta empresa mediana de capital nacional tenía 30% de sus acciones en manos de Celulosa cuyo nuevo propietario (el Banco Citicorp) las vendió a un grupo internacional: Union Camp. En 1997, el fondo de inversión DLJ compró el 51% de las acciones de Zucamor y desde entonces la controla, al mismo tiempo que, por su intermedio, controla a Papel Misionero en asociación con el otro fondo de inversión ya mencionado.

Celulosa Argentina. Esta firme líder en la rama y que era la cabeza visible de los grandes proyectos de expansión de fines de la década del sesenta, afrontó graves dificultades financieras a comienzos de la década del ochenta hasta que se presentó en concurso de acreedores en 1982. Durante los años siguientes atravesó varios cambios de sus directivos y grupos de control hasta que este papel fue tomado por el Banco Citicorp; este banco, que aprovechó los procesos llamados de capitalización de deuda para tener ese control, encaró nuevos proyectos de reestructuración que buscaban el saneamiento de las cuentas. Por esas razones venden diversos activos entre los que se cuentan sus plantas de electrólisis y más tarde sus acciones en Electroclor (que había comprado esa planta), mientras suspenden la construcción del proyecto de Puerto Piray. Luego, y siempre bajo el control de Citicorp, vende su participación en Alto Paraná, Witcel y Fabi, así como plantaciones forestales y la empresa en instalación Celulosa Puerto Piray (esta última se entrega al grupo chileno Angelini que decide no hacer la planta de pasta y centrarse en su uso como aserradero) así como otras empresas menores además de cerrar algunas plantas claramente obsoletas. Hacia el año 2000, el City se desprende del 82% de las acciones de Celulosa que vende al grupo uruguayo Fanapel; los nuevos propietarios están lanzando diversos planes de recuperación de la empresa, hoy muy disminuida en sus alcances así como en relación a su antigua participación dominante en el mercado local.

Papel de Tucumán. Esta planta que fue construida para producir en forma integrada papel de diario, bajo el control de un grupo local (Bridas) en asociación con diversas empresas periodísticas del interior del país, quebró en 1991 por problemas técnicos y financieros y pasó a ser controlada por un empresario local (A. Pierre, el ya

mencionado diputado nacional y dueño de varios negocios en ese ramo) que integró su actividad junto con otras plantas menores situadas en el Gran Buenos Aires.

Massuh. Esta empresa, que recorrió un rápido camino de crecimiento interno durante la década del sesenta y comienzos de los setenta, aceleró su marcha mediante la compra de otras empresas de la rama en los años siguientes; con la compra de Della Penna en 1978 y Adamás en 1980 llegó a superar el escalón de 100.000 toneladas anuales de papel, incluyendo diversas especialidades de la rama. Nuevos proyectos de ampliación en la década del ochenta, lanzados con ayuda de financiación internacional, permitieron a la empresa dar un nuevo salto, aunque a comienzos de la década del noventa tuvo que ceder parte de su capital a un banco como parte de las nuevas relaciones financieras en la economía argentina que frenaban la actividad de las empresas endeudadas. El Manufacturer Hannover Trust, pasó entonces a tener 29% del capital y planteó la venta de la participación en Alto Paraná y otras empresas para aliviar la deuda financiera de Massuh aún a costa de que perdiera sus conexiones aguas arriba dentro de la cadena productiva. Esta firma continuó más tarde con sus planes de expansión que se están acelerando en estos últimos años.

Papelera del Plata. Esta firma tradicional pasó por varias manos, en medios de sucesivos problemas financieros, hasta que fue adquirida, en 1996 por la empresa chilena CMPC (Compañía Manufacturera de Papeles y Cartones) que decidió integrarla con sus otras propiedades en la Argentina. En efecto, esa empresa ya había adquirido en 1991 a Química Estrella su planta productora de pañales en San Luis (que opera ahora en asociación con Procter & Gamble) y, en 1994, compró Fabi (una planta de bolsas y envases flexibles que era de Celulosa); más tarde, en 1995, invirtió 80 millones de dólares en la construcción de una planta de papel tissue en Zárate que integró con su actividad con Papelera del Plata. Ahora, proyecta construir una planta de pasta de celulosa en el litoral que podría colocar a CMPC entre los grandes jugadores de la rama cuando se lleve a cabo.

Papel Prensa. Esta empresa que ya fue mencionada más arriba, comenzó a instalarse como propiedad de una firma editorial (Abril) y pasó sucesivamente por diversas manos hasta quedar bajo el control de las empresas dueñas de Clarín y La Nación, que son las que adquieren prácticamente toda su producción, de modo que la firma opera dentro de una cadena integral y prácticamente aislada del resto de la rama aunque es la mayor, y prácticamente única, de su especialidad.

En definitiva, las únicas empresas significativas de la rama que mantuvieron su estructura de propiedad fueron Ledesma (un ingenio tradicional que ahora opera en papel) y Witcel (esta firma que era propiedad mixta de capitales argentinos y extranjeros está exclusivamente en manos de estos últimos debido al retiro de Celulosa como parte de los cambios reseñados).

Estos cambios han quebrado los antiguos liderazgos en la rama, hoy en estado de recomposición, y han provocado una elevada presencia de capitales extranjeros, donde se destacan los chilenos y uruguayos, además de los fondos de inversión. La presencia de estos últimos plantea interrogantes significativos sobre el futuro dado

que difícilmente se propongan mantener su propiedad en el largo plazo, de modo que sus estrategias serán muy importantes en la redefinición de la propiedad de las mayores empresas de la rama. Los cambios de propiedad previsible, sumados a los proyectos en marcha, auguran nuevos cambios en la composición de propiedad de la rama que difícilmente se reflejen en el pase a empresarios locales salvo que se aplique una política oficial decidida para ese objetivo. Los efectos de la promoción industrial quedaron en términos de plantas fabriles modernas y eficientes que hoy están operando a pleno pero no en cuanto a la deseable propiedad nacional.

Por otra parte, se observa una tendencia a la integración vertical en conjuntos más o menos paralelos e independientes que dependen de los productos finales: papel de diarios, papel de embalaje, papeles especiales, etc., de modo que se están formando oligopolios nuevos en reemplazo de las formas previas y con la actividad de nuevas empresas y productos cuya morfología de mercado debe estudiarse con detalle. Hoy, esta industria debate su futuro, en medio de condiciones que han cambiado notablemente en el panorama regional y local y donde las decisiones de las mayores empresas dependen de variables que muchas veces escapan al control de las autoridades oficiales.

Tabla 1. Reparto por empresas de la producción de celulosa, en miles de toneladas por año

EMPRESAS	CAPACIDAD
Alto Paraná	350.000
Papel prensa	150.000
Celulosa Argentina	145.000
Papelera Tucumán	107.000
Ledesma	100.000
Papel Misionero	90.000
Massuh	50.000
Papelera del NOA	40.000
Pastas Celulosicas Piray	36.000
Celulosa campana	30.000
Productos Pulpa Moldeada (PPM)	18.000
Total	1.116.000

Fuente: Estimaciones propias sobre la base de los Informe de las propias empresas, de la AFCP y de la Secretaría de Industria (idem nota al pie de gráfico 1).

Tabla 2. Reparto por empresas de la producción de papel, clasificado por tipos, en miles de toneladas por año.

Empresa/Tipo de papel	Papel para diarios	Papeles para impresión y escritura	Papeles encapados	Papel Sanitario y doméstico	Papel para envolver y empaquetar	Otros	Total
Papel Prensa	170.000						170.000
Massuh		45.000	30.000		40.000	5.500	120.500
Ledesma		105.000					105.000
Celulosa Argentina		135.000					135.000
Papel misionero					90.000		90.000
Papelera Tucumán	40.000	80.000		12.000	18.000		150.000
Zucamor					70.000		70.000
Smurfit Argentina					120.000		120.000
Celulosa del NOA					40.000		40.000
Papelera del Plata				100.000			100.000
Celulosa Campana				60.000			60.000
Cartocor					250.000		250.000
Witcel			20.000				20.000
Total	210.000	365.000	50.000	172.000	628.000	5.500	1.430.500

Fuente: Estimaciones propias sobre la base de los Informe de las propias empresas, de la AFCP y de la Secretaría de Industria (idem nota al pie de gráfico 1).

Antigüedad de los equipos

Los problemas de información ya mencionados inhiben en buena medida las posibilidades de ofrecer un detalle adecuado sobre la antigüedad de los mayores equipos instalados en la rama. Sin embargo, algunos datos parecen significativos. La planta de papel de diario se inauguró en 1978 y permanece, con mejoras continuas, desde entonces, de modo que su antigüedad se ubica en 28 años, corregidos por las inversiones en mejoras y ampliaciones efectuadas en el ínterin. La planta de papel de bagazo de Tucumán ofrece una antigüedad de casi 20 años con menores cambios conocidos que la anterior en ese período. La planta de Alto Paraná, que representa por sí sola alrededor de 40% de la oferta local de pastas de celulosa, tiene equipos fabricados hace casi un cuarto de siglo más otros agregados en los años intermedios y una conclusión similar puede aplicarse a Papel Misionero que produce algo más del 10% de ese mismo total. Las plantas de papel, por su parte, combinan unidades relativamente nuevas con otras más antiguas que, en conjunto, presentan una edad

promedio del orden de más de 20 años. Este último valor es el que puede asignarse, como promedio, a todos los equipos de la rama aunque se trata de una estimación razonable pero difícil de verificar debido a la poca transparencia de los datos. Es decir que sólo un programa dinámico y abundante de inversiones podría reducir la antigüedad del parque aunque la mayor parte de éste ofrece hoy buena eficiencia y productividad.

Algunos indicadores de resurgimiento posdevaluación

Como se mencionó, el cambio en los precios relativos a partir de la devaluación permitió que reaparecieran los beneficios en prácticamente todas las empresas papeleras. La modificación del precio de sus insumos energéticos a precios competitivos internacionalmente fue un aspecto fundamental para la mejora de los resultados de las empresas, según afirman estas. Esos cambios, a su vez, motivaron la reaparición de proyectos de inversión en sectores que habían sido muy postergados durante la década del noventa. El creciente consumo provisto desde el exterior había contribuido a provocar un déficit comercial creciente en un sector donde el país tiene ventajas competitivas apreciables derivadas del bajo costo relativo de sus recursos naturales.

Las inversiones, entonces, se volcaron hacia el sector transable de la rama del papel en contraposición a lo ocurrido durante la década del noventa, cuando fueron los no transables los que recibieron las escasas inversiones que se hicieron y atrajeron una parte apreciable del flujo de adquisiciones proveniente de empresas externas. La mayor parte de las inversiones en esos años fueron a sectores de manufacturas de papel no transables, como cartón y tissue; en ellos se destaca la expansión de Cartocor y, sobre todo, de CMPC (Compañía manufacturera de Papeles y Cartones) que entró en el mercado local a partir de adquisiciones de empresas y continuó ampliando sus actividades en esos sectores.

Un factor muy importante a la hora de la reconversión fallida fue el mal estado financiero y económico de las empresas al inicio de la Convertibilidad, además del efecto negativo de los precios internacionales deprimidos entre 1991 y 1994. Las empresas líderes del sector, Celulosa y Massuh estaban fuertemente endeudadas, y presentaban pérdidas continuas, fenómenos que contribuyeron a bloquear las posibilidades de su reconversión normal. La entrada básicamente de sus acreedores en el control de esas empresas permitió su saneamiento parcial, pero ella al mismo tiempo puso en evidencia la poca vocación inversora de los nuevos responsables de ellas.

Alto Paraná es un caso excepcional, manifestado en la expansión de 250 mil a 350 mil toneladas a partir de las inversiones que realizó durante la Convertibilidad, pero ese proceso no ocurrió hasta que fue adquirida por el Grupo chileno Celco, un grupo especializado en esta industria. La ubicación en Misiones, cerca de los recursos naturales, en adición a su escala competitiva a nivel internacional, la colocaron en posición ventajosa respecto a los demás sectores de la industria.

Desde 2002, las empresas han vuelto a hacer inversiones en la expansión de la capacidad instalada. Todavía no se observan grandes proyectos de la magnitud de aquellos conocidos durante la promoción industrial, pero las nuevas informaciones marcan un cambio respecto a la experiencia anterior, no sólo por el regreso de esos planes, sino también por la consideración del mercado externo en la evaluación de esas inversiones y como fuerza propulsora de las mismas.

El rubro donde más se evidenció esta reactivación es el de escritura e impresión. Esta actividad sufría de un déficit comercial de alrededor de 300 mil toneladas anuales en 1998 mientras que sus empresas líderes, Celulosa Argentina, Ledesma y Massuh cubrían alrededor del 80% de la oferta local. La producción saltó a 360 mil toneladas en 2004 superando ampliamente el récord anterior de 1997 de 260 mil toneladas. Los datos relevados indican que la utilización de la capacidad instalada es muy elevada aunque las cuatro empresas más importantes del rubro (que son las tres mencionadas más Papelera Tucumán) habían realizado inversiones para expandir la capacidad permitiendo alcanzar estos niveles, y continúan haciéndolo.

- Ledesma inició un plan de inversiones por 100 millones de dólares para duplicar su capacidad a 120 mil toneladas.
- Por otro lado, Celulosa Argentina reabrió su planta en Zárate en 2002 dado las nuevas condiciones del tipo de cambio. La empresa anunció inversiones por casi 50 millones de dólares para ampliar la capacidad de producción en la planta de Capitán Bermúdez y mejorar las instalaciones en la planta de Zárate que se concluirían en 2007. La ampliación sería del 60% la capacidad instalada, alcanzando la empresa 180 mil toneladas de pasta y 150 de papel. Un tercio de sus ventas ya se dirigen al exterior, y planea continuar esta expansión a partir sus inversiones
- Massuh anunció en 2004 la compra de una máquina de última generación para la planta de Brillapel en San Luis para ampliar un 80% la capacidad de producción de cartulina bristol, alcanzando las 25 mil toneladas, y exportar por 18 millones de dólares anuales. También anunció que incrementaría un 60% la producción de papeles para impresión y escritura a 60 mil toneladas, redondeando un aumento de 40% de producción total a 140 mil toneladas.
- Papelera Tucumán también invirtió para levantar una planta de pulpa de papel por 10 millones de dólares.